**CRISTO, EL FUNDAMENTO EN EL LIBRO DE DEUTERONOMIO**

Deuteronomio 30:11-14

INTRODUCCIÓN:

Con el libro de Deuteronomio llegamos al final del Pentateuco. Se llama Pentateuco a los 5 primeros libros de la Biblia: Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio. Y el nombre original de este último libro del Pentateuco en la Biblia Hebrea se llama “Estas son las palabras” porque el libro comienza con esta frase “Estas son las palabras que habló Moisés a todo Israel a este lado del Jordán en el desierto…” (1:1). Deuteronomio significa “Segunda Ley” o “Repetición de la Ley”, aunque en realidad es el registro de los cuatro grandes discursos que pronunció Moisés antes de morir después de haber deambulado por el desierto por 40 años. Al final de los 40 años, cuando estaban a punto de ingresar en la tierra prometida a través del rio Jordán, y antes de dejar el mando en manos de Josué para la conquista de la tierra, y como una despedida de su pueblo, Moisés se levanta y les habla con el corazón, repitiendo las cosas que consideraba más importantes.

Un comentarista de la Biblia llamado J.A. Thompson escribió: “Deuteronomio es uno de los libros más grandiosos del Antiguo Testamento. Su influencia en la religión doméstica y personal de todas las edades no ha sido superada por ningún otro libro de la Biblia”.

Y no es para menos, porque el libro de Deuteronomio se cita más de 50 veces en el Nuevo Testamento. Las primeras menciones de esta Escritura en el Nuevo Testamento son del libro de Deuteronomio. Cuando Jesús fue tentado por el diablo en el desierto, respondió a todas las insinuaciones de Satanás con versículos del libro de Deuteronomio. Y cuando más adelante le preguntaron a Jesús cuál era el mandamiento más grande o más importante de la Ley, respondió citando de memoria un versículo del libro de Deuteronomio: “Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas” (Deuteronomio 6:4-5).

Si pudiésemos resumir todo el libro en dos palabras, diríamos que son “amor y obediencia”. Y la palabra amor se repite más aún que la palabra obediencia. El amor a Dios siempre derivará en la obediencia a Dios y a todos sus mandamientos. Y este es un axioma y un gran principio que jamás ha cambiado, que está en toda la Biblia, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.

Y estas palabras son las que Moisés quiere imprimir en el corazón de su pueblo, del cual ahora se estaba despidiendo. Moisés quiere dejar un legado para las futuras generaciones, un legado que les asegure la bendición de Dios si aman a Dios y obedecen sus mandamientos, pero también quiere dejarles un legado de advertencia: que si no hacen caso a sus mandamientos les irá muy mal. Por eso refuerza su apelación para que sigan y obedezcan a Dios mencionando todas las cosas que les ha ocurrido durante esos cuarenta años, tanto sus derrotas como sus victorias; le recuerda el poder que tiene Dios, su elección y su fidelidad frente a todos los desafíos que tendrán en el futuro. Se puede decir que Moisés estuvo empoderando a su pueblo no solamente para la conquista de la tierra sino también para su permanencia en ella. Es como aquellos que dicen “lo mejor está por venir”, pero para Moisés, lo mejor estará por venir si aman y obedecen a Dios.

Y al final de su discurso, Moisés les da la clave, o el password para poder cumplir con todos los mandamientos de Dios. Aquí está la clave: Deuteronomio 30:11-14 “Porque este mandamiento que yo te ordeno hoy no es demasiado difícil para ti, ni está lejos. No está en el cielo, para que digas ¿Quién subirá por nosotros al cielo, y nos lo traerá, y nos lo hará oír para que lo cumplamos? Ni está al otro lado del mar, para que digas ¿Quién pasará por nosotros el mar, para que nos lo traiga, y nos lo haga oír, a fin de que lo cumplamos? Porque muy cerca, está la palabra, en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas.”

Esta calve o llave tiene dos paletas dentadas. La primera nos muestra que

**I LA CLAVE ESTÁ EN LAS PALABRAS PARA CUMPLIR LOS MANDAMIENTOS DE DIOS**

Deuteronomio 30:14 “Porque muy cerca, está la palabra, en tu boca…para que la cumplas”.

Hace ya muchos años que la ciencia descubrió el poder que tienen las palabras tanto para hacer bien como para hacer mal. Algunos, al notar la influencia que tienen las palabras crearon una terapia nueva llamada “logoterapia”, porque notaron que lo que uno habla influye notablemente en el estado de ánimo, en la salud y el bienestar, pero también, si uno es negativo, las palabras que uno dice pueden provocar enfermedad, depresión e incluso hasta la muerte.

Don Gossett escribió un libro que tituló “Lo que dices, recibes”, y en el primer capítulo relata cómo descubrió el poder que tienen las palabras cuando su esposa estuvo muy enferma de fiebre reumática por varios meses. Estaba en cama muy dolorida, se veía muy pálida y tenía sus pies hinchados. Pero sucedió un día que le estaba leyendo la Biblia y se encontró con el Salmo 27 que dice “Jehová es la fortaleza de mi vida”. Y le dijo “¿Oíste querida? Aquí dice ‘Jehová es la fortaleza de mi vida’”. Ella repitió el texto “Jehová es la fortaleza de mi vida” y lo volvió a repetir mientras trataba de incorporarse, y volvió a repetir mientras se ponía de pie y daba los primeros pasos “Jehová es la fortaleza de mi vida”. Y cuanto más repetía estas palabras, más fuerzas recibía de Dios. Y al poco tiempo estuvo completamente curada.

Oigamos lo que escribió entonces Gossett “Es verdad que si crees lo que dices, lo que dices te será hecho. Si tú dices: ‘No puedo pagar mis deudas’, por ejemplo, de hecho tú no podrás pagar tus cuentas aun cuando la Palabra de Dios dice: ‘Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús’ (Filipenses 4:19). Pero si cambias tu forma negativa de hablar y crees firmemente en las promesas de Dios recibirás el milagro financiero que esperabas”.

Al concluir su primer capítulo publicó una lista de nunca más, que dice:

* Nunca más confesaré “no puedo”, porque “todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Filipenses 4:13).
* Nunca más confesaré pobreza, porque “mi Dios suplirá todo lo que me falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús (Filipenses 4:19).
* Nunca más confesaré temor, porque “Dios no me ha dado el espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio” (2 Timoteo 1:7).
* Nunca más confesaré duda y falta de fe, porque tenemos fe “conforme a la medida de la fe que Dios repartió a cada uno” (Romanos 12:3).
* Nunca más confesaré debilidad, porque “Jehová es la fortaleza de mi vida” (Salmo 27:1).
* Nunca más confesaré que Satanás está ganando “porque mayor es el que está en nosotros que el que está en el mundo” (1 Juan 4:4).
* Nunca más confesaré derrota, porque “Dios siempre nos lleva en triunfo en Cristo Jesús” (2 Corintios 2:14).

…(y la lista sigue).

Y algo parecido dijo Moisés en Deuteronomio 6:5-7 “Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas. Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y al levantarte”

¿Qué nos está diciendo? Que cuando nos despertemos a la mañana digamos “Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas”. Cuando te reúnas para desayunar les digas a tus hijos “Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas”. Al salir hacia el trabajo lo repitas en el camino “Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas”. Y cuando regreses, y a la noche al acostarte, antes de dormir digas “Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas”.

Por eso guardar los mandamientos de Dios no es difícil, ni está lejos, sino que está en tu boca para que la cumplas. No dice que está en tus manos, no dice que está en tus pies, no dice que está en tu inteligencia. Dice que está en tu boca. Porque lo que digas eso lo recibirás.

Pero hay algo más. La clave para abrir la bendición de Dios no está solamente en la palabra, no está solo en tu boca, debe estar en tu corazón. Por eso, en segundo lugar:

**II LA CLAVE ESTÁ EN EL CORAZÓN PARA CUMPLIR LOS MANDAMIENTOS DE DIOS**

Deuteronomio 30:14 “Porque muy cerca, está la palabra…en tu corazón, para que la cumplas”

Por eso dice “estas palabras que yo te mando hoy estarán sobre tu corazón”, y lo dice para que no se conviertan en una repetición mecánica, o en una letanía. Porque si uno repite estas palabras como un loro, si las repite como si estuviera aprendiendo las tablas de multiplicar, “dos por uno, dos, dos por dos, cuatro, dos por tres, seis, dos por cuatro, ocho…” esas palabras no nos dicen nada, son solamente números memorizados, que carecen totalmente de sentido. Y las palabras que se repiten por repetirse, como a veces podríamos repetir el Padrenuestro, carecen absolutamente de valor, porque se repiten de la boca hacia afuera y no desde el corazón.

Quiero insistir en este punto, que me parece fundamental: Uno puede repetir muchos versículos de la Biblia de memoria y no pasará absolutamente nada. Es como diría el apóstol Pablo “seré como un címbalo que retiñe y un metal que resuena”, totalmente hueco, totalmente frío, totalmente superficial y totalmente inútil. Si las palabras de Dios no salen de nuestro corazón estarán tan muertas como lo estaremos nosotros si las continuamos repitiendo. No tendrán ningún efecto, ninguna consecuencia aunque se repitan un millón de veces, no lograrán nada aunque los que las digan se vuelvan afónicos de tanto gritarlas, su resultado será completamente nulo.

Por eso, cualquier promesa de la Biblia, si la pronunciamos no solo con nuestra boca sino con nuestro corazón, esa promesa cobra vida, se potencia y comienza a ser creativa, poderosa, transformadora, real y tangible. Esa promesa o esa palabra que estamos leyendo de la Biblia, cuando la repetimos con nuestra boca y con nuestro corazón se vivifica por medio de la fe y lo invisible se vuelve visible. Esa palabra que sale del corazón se transforma en una fe creativa.

Esto es exactamente lo que ocurre con el proceso de nuestra salvación. El apóstol Pablo utilizó este mismo pasaje del libro de Deuteronomio para referirse a la palabra del evangelio que predicamos diciendo en Romanos 10:5-10 “Porque de la justicia que es por la ley Moisés escribe así: El hombre que haga estas cosas, vivirá por ellas. Pero la justicia que es por la fe dice así: No digas en tu corazón: ¿Quién subirá al cielo? (eso es para traer abajo a Cristo); o ¿quién descenderá al abismo? (esto es, para hacer subir a Cristo de entre los muertos). Mas ¿qué dice? Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos, que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación”

¿Qué está diciendo Pablo? Que nuestra salvación no depende de las obras que hacemos, porque si así fuera, tendríamos vida solamente si cumplimos con toda la Ley que nos dio Moisés. Porque en la ley está escrito “El hombre que haga estas cosas, vivirá por ellas”. Y sabemos que nadie puede hacer siempre lo que es bueno sin equivocarse. Aun queriendo hacer el bien, a veces no podemos hacerlo. Por eso la salvación no depende de lo que hagamos sino de nuestra fe. “Porque la justicia que es por la fe dice…Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos, que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo.”

Notemos que para ser salvos debemos hacer dos cosas: Confesar y creer. ¿Qué debemos confesar? Pablo dice “Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor”. Esta es una gran confesión, es un gran reconocimiento de Jesucristo. Decir que Jesucristo es el Señor es lo mismo que afirmar que Jesucristo es Dios. No dice que Jesús es un señor, sino el Señor. En el Antiguo Testamento tenemos muchas evidencias que solamente a Dios le decían “el Señor”. Por ejemplo en Éxodo 23:7 dice “Tres veces en el año se presentará todo varón delante de Jehová el Señor.” En Salmos 68:19 dice “Bendito el Señor, cada día nos colma de beneficios el Dios de nuestra salvación”. En Salmos 73:28 “Pero en cuanto a mí, el acercarme a Dios es el bien; he puesto en Jehová el Señor mi esperanza, para contar todas sus obras”. El profeta Isaías, al entrar al templo dijo “Después oí la voz del Señor que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros? Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí” (Isaías 6:8) y así podríamos mencionar a todos los profetas diciendo que Dios es el Señor. Y confesar que Jesucristo es el Señor es reconocer y creer que él es el mismo Dios que se reveló en el Antiguo Testamento. Confesarlo como Señor es aceptar su autoridad sobre nuestras vidas, sobre nuestras circunstancias, sobre nuestro país, y sobre el mundo. Confesarlo como Señor es adorarle como lo hizo Tomás cuando se le apareció Jesús resucitado. El exclamó “¡Señor mío, y Dios mío!” (Juan 20:28).

Pero no es cuestión solamente de confesar que Jesús es el Señor, sino creer que ha resucitado “y si creyeres en tu corazón que Dios lo levantó de los muertos, serás salvo”. La salvación no es cuestión de creer en Dios, sino de creer que Dios lo levantó de los muertos a Jesucristo. Lo cual, para la mente humana podría sonar como una contradicción. Porque si Jesús es el Señor, si es el Dios eterno, si es el creador del universo, ¿Cómo pudo morir? ¿Cómo se dejó matar como un criminal? Si es eterno, concluyen, entonces no pudo morir, y si no pudo morir tampoco ha resucitado. Por eso, como no lo pudieron entender, aparecieron grupos heréticos, como la herejía del docetismo que decían que en realidad Jesús no murió en la cruz, que fue solo una apariencia, o que el no tuvo un cuerpo material como nosotros. Por eso el apóstol Juan dijo “el que niega que Jesús ha venido en carne, ese es el anticristo”.

Y no es creer a secas en la resurrección de Cristo, sino creer con el corazón. Creer en el interior más profundo que Cristo murió en la cruz, que fue sepultado y resucitó al tercer día, que vive y reina por los siglos de los siglos. Por eso la resurrección de Cristo es la piedra angular de nuestra fe. Porque “si Cristo no ha resucitado vana entonces es nuestra fe”.

CONCLUSIÓN

Si quieres ser salvo, la salvación no está lejos, la salvación está “en tu boca y en tu corazón”. Solamente debes confesar que Jesús es el Señor y creer en tu corazón que Dios lo levantó de los muertos.

Hoy mismo puedes alcanzar la salvación por medio de la fe en Cristo Jesús. Y hoy mismo podrás comenzar a caminar el camino de la fe con tu boca y con tu corazón. Porque no se trata solamente de una experiencia puntual y única, que de cierta manera sí lo es, pero es más que eso, se trata de un estilo de vida, de un camino. Por eso, cuando abras tu Biblia y leas una promesa que enciende tu corazón, y esa palabra parece que fue escrita para vos, no la pases de largo. Vuelve a leerla una y otra vez, repítela cuando te acuestes a la noche y te levantes a la mañana, repítela entre tu familia, repítela cuando salgas de tu casa por el camino, porque “cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón para que la cumplas”.